

"Macbeth" en el teatro Español

Unas declaraciones del autor de la "versión teatral" señor González Ruiz

por Mariano Rodríguez de Rivas

La representación de *Macbeth*, en el teatro Español, va a constituir unos de esos escasos alicientes que de vez en cuando ofrece nuestro aplastado ambiente teatral. Todo torpe, resabiado, bajuno, la mediocridad de nuestra escena de público corre parejas con el desenfado de quienes operan con tales ingredientes.

Macbeth viene a ser como un respiro, una ventana al buen aire, abierta por unos escritores de buena voluntad.

García Viñolas, director del teatro Español; Cayetano Luca de Tena, director de escena, y don Nicolás González Ruiz, autor de la versión escénica de *Macbeth*, merecen nuestros mejores plácemes.

Hemos querido hablar con el señor González Ruiz: ¿cómo ha realizado su propósito? ¿Cuál ha sido el sistema que ha escogido para cumplirlo?

—¿Dice usted que ha hecho la versión escénica de *Macbeth*... Este término de versión escénica presupone algún concepto nuevo de realización, diferente al de adaptación teatral y al de traducción literal?

—Sí. Creo que la adaptación teatral ha degenerado en un excesivo libertinaje de interpretación, en la que el adaptador se toma excesivas licencias en beneficio de la plástica y decoración del espectáculo. En cuanto a la traducción literal me parece bien para uso de eruditos e investigadores en las horas de estudio... algo, en fin, que no tiene que ver con la intención que persigue el espectáculo...

—Por tanto... versión escénica es...

—Es un respeto profundo al texto. Pero colocado en el tiempo en que va a ser representado. Es decir, se trata de encontrar la correspondencia intencional del autor al idioma al que se traspa su idea. He aquí el escollo. Hay que orientar una difícil tarea de traslación. Eliminar términos, palabras, que en su día tuvieron una significación distinta a la de hoy, que hoy, incluso, pueden sonar a nuestros oídos grotescamente; eliminarlas, echarlas abajo, buscando otras más adecuadas a los móviles que inspiraron al dramaturgo de aquellos lejanos tiempos. ¿Cómo no pensar en todo esto cuando una obra al ser representada se pone en contacto con un público variado, pero unánime en el sentimiento de una frase o de una palabra que han venido a parar en tal o cual significación?

—¿...?

—Pero, algo más sobre mi versión escénica — siempre rigurosamente escrupulosa al texto —, que ha querido la obra de Shakespeare encontrarla en el castellano, buscando la gran canción que la obra tiene en el idioma inglés, todo su apogeo idiomático espectacular.

—¿En relación con el sistema concreto de traducción que usted ha seguido?

—He traducido directamente del inglés (hay *Macbeth* españoles vertidos del francés), usando para ello el texto de Cambridge, edición de Londres, 1922, con prefacio y glosario de Israel Gollancz. Una labor

de paciencia. Y en la confrontación, en el cotejo de opiniones e incluso de ayuda, he acudido a las traducciones de don Marcelino Menéndez y Pelayo y don Luis Astrana Marín. Son cada uno, en su tono, dos concienzudos traductores, magníficos buscadores de la exactitud de la traducción.

—¿Ha introducido usted alguna modificación?

—Ninguna. Puedo contestar categóricamente, pues las variantes que yo mismo me he impuesto lo son en grado tan pequeño y tan escasas que pueden contarse: primero, es sabido que en el primer acto se reconocen varias interpolaciones, textos entrecruzados; y he suprimido, en consecuencia, cualquier pequeño detalle confuso, como ese muerto, matado por *Macbeth*..., que después ignora el trágico destino de su víctima. También he suprimido el famoso y discutido monólogo del Portero. Además de que sea muy discutible su autenticidad, nada tiene que ver con la obra, interrumpe su acción, distrae..., es una parrafada de circunstancias que hoy nada interesa. Sobre todo, cuando daña la arquitectura teatral del drama.

—Las actuales limitaciones escénicas... ¿han impuesto alguna modificación en la representación?

—Limitaciones... relativas en el teatro moderno. Pero he creído conveniente, para no cansar al público, agrupar las escenas del último acto. Para que en su orden se den en un interior, las de interior, y en un exterior, las de exteriores. Otra introducción, otra de mis libertades, ha sido la de insistir sobre el carácter de alguno de los rápidos personajes (se manejan 38 con nombre). Por ejemplo, se dice: "Malcolm, vuestro hijo...", para que el espectador comprenda y siga la escena.

—¿Contento de cómo se ha llevado a la práctica *Macbeth*?

—Muy satisfecho. Tengo un recuerdo muy afectuoso para el malogrado Felipe Lluch: él me hizo el encargo de traducir la obra. Manuel García Viñolas ha mantenido esta gestión y me ha dado toda clase de facilidades en un ejemplo de generosidad admirable. En Cayetano Luca de Tena he confiado con todo fundamento; es un director de escena realmente insuperable. Culto, activo, lleno de ideas y con inteligencia de lo que significa *Macbeth*.

—¿Piensa usted publicar el texto?

—Esa es mi pretensión. Y en esa prueba me someto a todos los dictámenes. Pero bien entendido que es en la otra, la teatral, la que me interesa. Voy — o mejor, va Shakespeare — buscando al público, a todo el público... Por lo demás... si la cosa sale mal he sido yo el culpable, y no el inmenso dramaturgo.

Termina la conversación. Don Nicolás González Ruiz es un altísimo ejemplo de vocación literaria. En sus letras se alía el conocimiento con el buen gusto y la inspiración.

Es de suponer que si *Macbeth* tiene éxito en el teatro Español, Shakespeare le deba la alta y difícil ayuda de una fiel interpretación y una buena comprensión...